

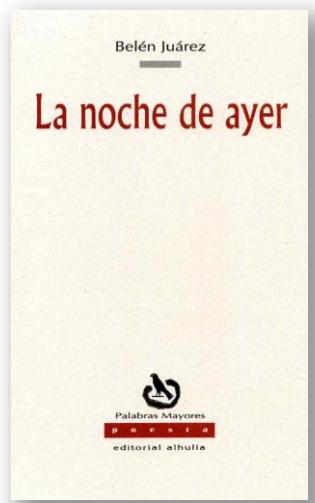
La Noche de Ayer

Belén Juárez

Palabras Mayores. Ed. Alhulia. 2001

Prólogo de: ANTONIO ENRIQUE

Guadix, 17 de febrero de 2001



La peculiar estructura de la poesía de Belén Juárez presenta un riesgo cierto y una indefensión probable: el riesgo de que el lector la identifique con la escritura automática, y en consecuencia cierre el libro minutos antes, por curiosidad, lo había abierto; y la indefensión: es bastante probable que sus claves precisen un periodo dilatado para su interpretación correcta, de lo que se desprende que ni aun los críticos podamos ofrecer, estemos en disposición de dar, un código plausible que ampare esta visión del mundo, esta (re)construcción de la realidad, privativas de su poesía.

La relativa cercanía a su obra me ha permitido entrever dos rasgos, de partida. La certeza —el primero— de que su discurso es, por cerrado en sí mismo, imposible de penetrar *desde fuera*. Así que la manera más fácil de entenderla sería dejarla fluir, sin impaciencia, recalando en estos magníficos destellos que a veces se producen. Entonces —y ya instalados en su proverbial construcción—, esas interrogantes van despejándose por sí solas. Esto es, hay que esperar. Porque es ella misma, ensimismada, quien al diversificar los planos de su estructura explica sus poemas, nunca en el mismo, sino en los que le siguen (a semejanza de un eco) o le preceden (en una suerte de presagio). Visto desde este ángulo, su poesía es un territorio de obsesiones. Cambia la ordenación, pero no los elementos básicos, que son los mismos de un poema a otro. Como ocurrió con *Destierro en cuatro ángulos* (Devenir, Madrid, 1999): sólo hubo que adoptar una actitud receptiva para captar los elementos semánticos constitutivos de sus poemas rotaban en las cuatro posturas o partes (o ángulos) del libro cuya idea germinal era el destierro y exilio existenciales. Estas cuatro partes se sujetaban a los cuatro elementos cósmicos, respectivamente, de manera que el resultado fue un libro con forma de mandala. Una elipse metafórica del ser al estar, de la esencia a la sustancia.

Atañe el segundo de estos rasgos a la construcción como tal de sus poemas. ¿Arriba o abajo, dónde hay que mirar? Quiero decir, ¿desciende, en la memoria, o asciende, en la abstracción, para apresar sus signos? Porque Belén Juárez (nacida en París, 1965, y renacida en

Granada, donde vive muchos años ha) es un caso —el más apabullante, rotundo que conozco— de criptomemoria. Su procedimiento de escritura consiste en apresar signos de entre este magma de la memoria oculta. Por tanto (y a mi parecer), sus mejores versos no son otra cosa que reminiscencias de entre lo opaco. Estas reminiscencias no son caóticas, contra lo que pudiera pensarse de una lectura apresurada. Y no lo son en tanto existe una pulsión que las enhebra, las articula en una formación cuya coherencia sólo puede advertirse desde la síntesis de todas sus secuencias fragmentarias. Esta pulsión —que galvaniza los poemas y los imanta hacia su sentido ulterior— obedece no solamente —como cabría esperar— a la pretensión de *recherche* o búsqueda, y lamento por los paraísos fugitivos, sino al deseo de completarse, admitiendo las contradicciones del pasado, asumiendo sus zonas de penumbra; un pasado que siniestra gestos, mímicas del recuerdo profundo, sólo rescatables desde una conciencia alerta y fuertemente impregnada de un componente ético, perceptible desde el más epitelial de sus planos: la solidaridad humana, la denuncia de la brutalidad hacia el débil.

Estoy siendo algo prolíjo, por aspirar a la mayor exactitud. Amo la exactitud (que tiene poco que ver con la realidad ideal y mucho con cuanto la sustenta: diez números seminales y veintidós letras matrices) y alguna vez le he preguntado —ingenuamente— por qué tortura la sintaxis. Viene aquí bien declarar que nuestra autora proviene, por dedicación profesional, del más riguroso ámbito científico, y que, cuando escribe en otro registro —que no es el de la poesía— su coherencia llega a ser exasperante. ¿Entonces? Es el *tempo* del subconsciente el que suministra esta sintaxis sistemáticamente transgredida: hiatos, elusiones, pleonasmos, silepsis, anacolutos. Un verdadero suplicio para la sindéresis académica. Pero insisto: no por fuerza la sintaxis ha de ajustarse a la horma peculiar del pensamiento externo. Existe en su conformación un vacilante equilibrio que le impele a la metástasis de las atribuciones propias de cada elemento gramatical. La sintaxis altera así su ilación porque ya desde la morfología se ha impuesto otra geometría mental, al empuje, al sacudimiento de unas ideas que invaden toda mayéutica, toda casuística: los límites que saturan los frágiles estamentos de la realidad sensible. Y es que el tiempo del subconsciente no se ajusta al tiempo mental. Conforme más se desciende en el sustrato de la memoria profunda, sucede como en una inmersión submarina: el tiempo no discurre vertical ni horizontal, sino *paralelo* al silencio; se condensa, se mineraliza y oscurece al punto de no fluir sino por signos, improntas, visiones y síntomas en apariencia inconexos. La poesía de Belén Juárez, arraigada en el subconsciente remoto, responde, ante todo, a la voluntad de transferir significado a lo que se resiste a tenerlo: estos iconos abisales en la conciencia del ser que repelen de la luz de la memoria. Las imágenes resultantes serán tanto más puras cuanto exentas, cribadas, de la escoria de las asociaciones mentales subsidiarias. Cuando esto se ofrece, esta poesía alcanza las cotas más altas.

La noche de ayer, segundo de sus poemarios publicados, alude a ese mismo caos original, en un tiempo tan vasto que, por su uniformidad, cualquiera de sus segmentos espaciales es inminente, es *ayer*. Un ayer que invade (y fagocita) el ahora, como dos placas tectónicas que, al sobreponerse una en otra, se pliegan liberando lava, a temperatura incandescente. Una lava de palabras dispersas en la colina que cada poema fuera, a la temperatura del más volcánico interior de la memoria. Es este "ahora" precisamente el que, en el texto, va enunciado en letra cursiva, como una especie de antífona al salmo que el poema fuera.

Leo el original de este libro —escrito en 1999— y que Belén, tan imprevisible siempre, me hizo llegar cuando sabe (o intuye) que más la recuerdo. "Es posible —escribe en una nota adjunta— que tengas razón, a veces escribo cosas que no entiendo o no sé por qué las escribo en su momento. Pasados los años o los meses llego a comprender a veces la razón de muchos de mis versos. De ahí mi servicio y mi oído atento a la Dama, la poesía..." Se trata de una nota para aclararme —no aclara, sino que lo complica más— la enigmática alusión a "esta cama que sujet a un cuerpo sin flores" (poema XVIII, 2.^a parte). ¿Un sepulcro? Un sepulcro, imposible saber de quién.

Esa Dama, la poesía. ¡Paso a ella! Dama encubierta, la de Belén Juárez, como la de Picas, insondable, implacable cuando se desvela arropada por los otros naipes de la Rueda de la Fortuna... Nunca sabremos. No sabremos nunca qué escribió aquel maestro de Galilea con su vara sobre el polvo, la única vez que se le vio escribir algo en este mundo. La borró enseguida, sin esperar a que el viento dispersase aquella escritura. Tal vez la poesía sea este misterio de lo que no puede ni debe escribirse, en tanto que, como experiencia reveladora, participa de lo inefable. Y tal vez, sí, ese sepulcro, lo fuera el Santo Sepulcro.

Estos poemas —como los rasgos de bastón en la tierra— son también deleables. Los borra el mismo tiempo del que, por unos segundos, han escapado a su silencio (el tiempo, "por no hacer mudanza en su costumbre"). Sólo que estaba una mano ahí para detenerlos en líneas, versos, jeroglíficos de la memoria, mensajes crípticos de un naufragio de dimensiones turbadoras. Ya digo, sólo hay que dejarlos fluir. Nos van envolviendo, anegando en su espiral absorbente... Hundirse en la memoria, en la noche, poco a poco, con languidez, como en un sueño barroco, un dulce letargo de siglos. Ayer es siempre el mismo día. Y cada uno de nosotros el mismo, refractado en los demás. Estos poemas lo son, por eso mismo, de cada uno de sus lectores.